

Grandi garantiza sus obras y pierde su valor si no dan el resultado que promete.

Oportunamente daremos más pormenores y detalles.

NUESTRO más sentido pésame damos á la familia por la muerte de doña Mercedes Castro de Padilla, que murió el lunes, después de violenta enfermedad.

Más que ruines, son indecentes las armas de que los *constitucionales* se valen para hacer partidarios en favor de su candidatura y deprimir la del ciudadano Esquivel, la más liberal y honrada, por ser la que da mejores garantías.

En Cartago hay sujetos que parecen *honorables*, y que sin embargo son unos cobardes impostores. Dicen al pueblo sencillo, fácil de impresionar con las penas del infierno y los tormentos de Satán, que don José Joaquín, cuando sea Presidente de la República, va á dar libres el *guaro*, el *tabaco* y los *juegos prohibidos*;—que los Jesuitas y las Monjas vendrían; que hará enseñar el catecismo en las escuelas; en fin, dicen tantas y tales cosas, que braman de contentos, se refosilan de alegres y cojen el cielo con las manos.

Hasta ahí, pasen los impostores; pero donde no los dejamos pasar es en las calumnias. Dicen que don Ascensión va á quemar las beatas, ahorcar los curas, demoler las iglesias y prender fuego á los escapularios.

Ahora preguntamos nosotros: ¿Es así, señores Rodriguiztas, como se hace política? Es así como ustedes piensan hacer procéltos en favor de su candidato? Es así como ustedes trabajan, en la fosa del castor y en el imperio de las tinieblas?

Pensamos, por el contrario, que eso no es propio. Digan ustedes la verdad pura, pero no mientan; acusen ustes hechos, pero no calumnien; hagan propaganda, pero no tergiversen las cosas ni embauquen á un pueblo que está dispuesto siempre á creer lo que un *señor* les quiere decir. La verdad ante todo; pero la verdadera verdad.

Estos bárbaros son capaces de ponerle sotana y bonete al hombre de su devoción, al *hombre necesario*, al hombre-Dios de sus oraciones.

¡Ya veremos!

¡Y VAYA QUE SI QUIEREN!—Los miembros de la Sociedad de Artesanos que quieren aprender un arte, el arte de la Taquigrafía, no tienen más que hablarse con el Presidente de la Asociación. Estamos en arreglos con don Gustavo Ortega y pronto, dentro de pocos días, este caballero dará clase á los asociados en el mismo local de la Biblioteca.

Aprovechen la oportunidad y los grandes beneficios que la Sociedad dispensa á sus miembros.

## El periodismo.

Cuando tomo en mis manos un gran diario, cuando recorro sus columnas, cuando considero la diversidad de sus materias y la riqueza de sus noticias, no puedo menos que sentir un raptó de orgullo por mi siglo, y de compasión hacia los siglos que no han conocido este portentoso de la inteligencia humana, la creación más extraordinaria entre todas las creaciones. Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos, sin las mil maravillas que la industria moderna ha sembrado en la vía triunfal del progreso, orlada con tantos monu-

mentos inmortales; pero no comprendo una sociedad sin este libro inmenso de la prensa diaria en la cual se registran por una legión de escritores, que debieran ser sagrados para el pueblo, nuestras dudas, nuestras angustias, nuestras vacilaciones diarias, nuestros temores y los grados de perfección que vamos alcanzando en la obra de realizar un ideal de justicia sobre la faz de la tierra.

Yo comprendo hasta la vida monástica, hasta el aislamiento de un hombre que renuncia á la dilatación de la inteligencia en la sociedad y á la dilatación del corazón en la familia, para consagrarse á Dios, á la ciencia, á la caridad, á la meditación, al ocio, si se quiere en una de esas *islas morales que se llaman monasterios*; pero yo no comprendo cómo ese hombre renuncie á leer un periódico, á pensar diariamente con el cerebro de toda la humanidad, á sentir con el corazón de todos los hombres, á mezclar su vida en el océano de la vida humana, viendo correr sobre sus olas el viento de todas las ideas.

Los antiguos chinos tenían una institución portentosa, una institución de historiadores.—Encerrados en un palacio y circuidos de jardines, se consagraban en silencio á escribir los hechos diarios, con la severa majestad propia de los jueces del tiempo, de los dispensadores de la inmortalidad. Al lado de la dinastía celeste, se hallaba esta severa dinastía de los tribunales. Era más que una magistratura: era un sacerdocio, y todos los acaban como los representantes de la conciencia humana y como los emisarios de la divina justicia. Su ministerio estaba reducido á grabar en páginas inmortales, que debían conservarse como el vínculo de las generaciones, los hechos más importantes del imperio. Jamás pueblo alguno honró á sus sacerdotes como estos primitivos actores de la historia, que después de haber vivido en una infancia eterna, honraron á sus historiadores.

Pues bien: yo digo que los pueblos modernos debían de una manera análoga honrar á los periodistas. Por estos excepcionales testigos saben los rayos de luz que se cruzan en el horizonte; por estos jueces llegan en definitiva á tener formulado el juicio de la conciencia humana sobre todos los hechos. Importa poco la pasión de partidos sin la cual acaso no se comprendiera esta obra portentosa que como todas las obras humanas ha menester para moverse el ardor de una gran pasión. Importa poco el silencio calculado en unas ocasiones, la parcialidad en otras, la justicia, hasta la mentira porque de esa guerra de las fuerzas intelectuales, resulta la vida total, como de las sombras resulta la armonía en un cuadro. Mejor sería que no hubiese todos estos males, como sería mejor que no hubiese ni enfermedades físicas ni desgracias morales, pero es tan difícil rectificar la sociedad como la naturaleza, y sus leyes son tan complicadas como las leyes mecánicas del universo, y á veces tan fatales. Y es una fatalidad del organismo social que encuentre el progreso obstáculos en las grandes obras creadas para impulsarlo; que se levante lo pasado con sus errores y se apodere del instrumento forjado para destruirlo; que sirva mucho á crear el mundo calijinoso de la invectiva y á destruir el luminosísimo éter derramado por Dios para formar el mundo de la verdad. Y si un día fueran llamadas á juicio todas las instituciones de que tanto se enorgüllecen todos los pueblos, y se presentaran llevando cada cual en una mano los bienes que ha hecho, y en la otra los males, acaso ninguna podría levantarse tan pura como la imprenta, y ninguna merecería una bendición más justa de la conciencia humana.

Obra maravillosa la de un periódico, obra de ciencia y arte. Seis siglos no han podido rematar la obra inmensa de un periódico. No se pueden medir los grados de vida, de luz, de progreso que hay en cada hoja del coro inmortales que forma la prensa. En él desde las insignificantes noticias relativas á los seres más desconocidos, hasta el discurso que resuena en la más alta tribuna y comprende todas las inteligencias; en él desde las sensaciones fugaces de un baile hasta las obras de arte que giran serenas en la inmortalidad.

Esta hoja maravillosa, que se llama periódico, es la enciclopedia que necesita una fuerza incalculable, una ciencia que es como la condensación del espíritu de todo un siglo.

Cuando yo me figuro á Atenas, me la figuro espléndida con sus legiones de escultores y de poetas; con sus asambleas donde cada discurso era un himno; con sus cantores; con aquel teatro que tenía por fondo las ondas del Mediterráneo; con aquellas procesiones en que iban las vírgenes griegas coronadas de flores danzando al son de las cítaras; con aquellas estatuas que realzaban el bello ideal de la hermosura plástica; con aquellos juegos olímpicos donde los caballos blancos arrastraban en el carro á los jugadores armados de sus lazas, como Júpiter del rayo; con sus escuelas en que se aprendía al mismo tiempo la metafísica, la gimnasia, la música, y la geometría; con toda su vida, que era el culto diario de la hermosura y del arte. Pero ¡ah! me entristece de aquella civilización el que no tuviera periódicos, pues por el periódico dejamos de ser miembros de una ciudad para ser ciudadanos del mundo.

Obreros de la imprenta, escritores modestos y oscuros, no habéis podido nunca medir toda la importancia de vuestra obra, porque habiendo nacido en medio de ella, la consideráis en vuestra modestia como una parte de vuestro mismo sér. Pero ¡ay! sin vosotros los hombres más ilustres se perderían, las glorias mayores serían como campanas sonando en el vacío.— Vosotros lleváis á los doloridos, á los desesperados, las esperanzas de todos. Vuestras plumas son como los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta. Vuestras ideas son como los átomos de aire en que respiran nuestras almas; son como la atmósfera moral del globo.— Es necesario medir toda la dignidad de este ministerio para poder ejercerlo con toda su majestad y con toda su grandeza. Es uno de los más sublimes que puede ejercer el entendimiento humano.

EMILIO CASTELAR.

## LA PIEDRA FILOSOFAL.

POR

BENJAMÍN FRANKLIN.

(Continuación.)

### CONTRA LA PEREZA TRABAJO.

“¿Qué diríais, continuó, si viniera un gobierno y mandara que todos y cada uno de vosotros cediera en su provecho la décima parte del tiempo que habeis de estar en este mundo? De fijo que todo se os volverían quejas, ayes y suspiros, y que no se oírían mas palabras que—“no hay aguante para tanto: si han de desollarnos vivos, vale más que acaben de una vez con nosotros” y otras por este tenor. Pues bien: habeis de saber que no hay un solo hombre que, sin darse cuenta de ello, no ceda á la PEREZA el diezmo de su existencia: y sereis de mi opinión y convendreis con que al expresarme de esta suerte la razón me sobra, desde el punto y hora en que atendais al tiempo que invertís tumbados tranquilamente á la bartola, ó en sitios donde lejos de ganar, perdeis dinero y salud. ¿Por qué se diría sino que—*La pereza y la holgazanería engendran deudas y acortan la vida?*

“Seguro estoy, sin embargo, de que no faltara quien diga ó piense que exagero; mas para que veais que cuanto os manifiesto es la pura verdad, voy á proponeros un ejemplo que de seguro es dejará convencidos. No me negareis que el moho es veneno para el hierro, puesto que poco á poco acaba con su fortaleza, reduciendo á polvo la barra más recia y bien templada: en prueba de ello podría citaros lo de—*Aperc que huelga, el moho le come—* y lo otro que dice—*Tanto más la llave brilla, cuantas más vueltas dá en la arquilla;*—pues bien: la PEREZA Y LA HOLGAZANERÍA son al cuerpo lo que al hierro el moho; poned mientes además en que—*El ocio, como el moho, gasta*